CUENTOS FRÁGILES

LA BALADA DE AÑO NUEVO.

En la alcoba muelle, acolchonada y silenciosa, apenas se oye la blanda respiración del enfermito. Las cortinas están echadas; la veladora esparce en derredor su luz discreta, y la bendita imagen de la Virgen vela á la cabecera de la cama. Bebé está malo, muy malo..... Bebé se muere.....

El Doctor ha auscultado el blanco pecho del enfermo; con sus manos gruesas toma las manecitas diminutas del pobre ángel, y frunciendo el ceño, ve con tristeza al niño y á los padres. Pide un pedazo de papel; se acerca á la mesilla veladora, y con su pluma de oro escribe..... escribe. Sólo se oye en la alcoba, como el pesado revoloteo de un moscardón, el ruido de la pluma corriendo sobre el papel, blanco y poroso. El niño duerme; no tiene fuerzas para abrir los ojos. Su cara, antes tan halagüeña y sonrosada, está más blanca y transparente que la cera: en sus sienes se perfila la red azulosa de las venas. Sus labios están pálidos, marchitos, despellejados por la enfermedad. Sus manecitas están frías como dos témpanos de hielo..... Bebé está malo..... Bebé está muy malo..... Bebé se va á morir.....

Clara no llora; ya no tiene lágrimas. Y luego, si llorara, despertaría á su pobre niño ¿Qué escribirá el Doctor? ¡Es la receta! ¡Ah, si Clara supiera, lo aliviaría en un sólo instante! Pues qué, ¿nada se puede contra el mal? ¿No hay medios para salvar una existencia que se apaga? ¡Ah! sí los hay, sí debe haberlos; Dios es bueno, Dios no quiere el suplicio de las madres; los médicos son torpes, son desamorados; poco les importa la honda aflicción de los amantes padres: por eso Bebé no está aliviado aún; por eso Bebé sigue muy malo; ¡por eso Bebé, el pobre Bebé, se va á morir! Y Clara dice con el llanto en los ojos:

—¡Ah! ¡si yo supiera!.....

La calma insoportable del Doctor la irrita. ¿Por qué no lo salva? ¿Por qué no le devuelve la salud? ¿Por qué no le consagra todas sus vigilias, todos sus afanes, todos sus estudios? ¿Qué, no puede? Pues entonces de nada sirve la medicina: es un engaño, es un em-

buste, es una infamia. ¿Qué han hecho tantos hombres, tantos sabios, si no saben ahorrar este dolor al corazón, si no pueden salvar la vida á un niño, á un sér que no ha hecho mal á nadie, que no ofende á ninguno, que es la sonrisa, y es la luz, y es el perfume de la casa?

Y el Doctor escribe, escribe. ¿Qué medicina le mandará? ¿Volverá á martirizar su carne blanca con esos instrumentos espantosos? —No, ya no—dice la madre;—ya no quiero. El hijo de mi alma tuerce sus bracitos, se disloca entre esas manos duras que lo aprietan, vuelve los ojos en blanco, llora, llora mucho, ruega, grita, hasta que ya no puede, hasta que la fuerza irresistible del dolor le vence, y se queda en su cuna quieto, sin sentido y quejándose aún, en voz muy baja, de esos cuchillos, de esas tenazas, de esos garfios que le martirizan, de esos Doctores sin corazón que tasajean su cuerpo, y de su madre, de su pobre madre que lo deja solo. No, ya no quiero, ya no quiero esos suplicios. Me atan á mí también, pero me dejan libres los oídos para que pueda oír sus lágrimas, sus quejas. ¡Lo escucho, y no puedo defenderlo! ¡veo que lo están matando, y lo consiento!

El niño duerme, y el Doctor escribe, escribe.—¡Dios mío, Dios mío! no quieras que se muera: mándame otra pena, otro suplicio: lo merezco. Pero no me lo arranques, no, no te lo lleves. ¿Qué te ha hecho?—Y Clara ahoga sus sollozos, muerde su pañuelo, quiere besarlo y abrazarlo—¡acaso esas caricias sean las últimas!—,pero el pobre enfermito está dormido, y su mamá no quiere que despierte.

Clara lo ve, lo ve constantemente con sus grandes ojos negros y serenos, como si temiera que, al dejar de mirarlo, se volara al cielo. ¡Cuántos estragos ha hecho en él la enfermedad! Sus bracitos rechonchos, hoy están flacos, muy flacos. Ya no se ríen en sus codos aquellos dos hoyuelos tan graciosos, que besaron y acariciaron tantas veces. Sus ojos—negros como los de su mamá—están agrandados por las ojeras, por esas pálidas violetas de la muerte. Sus cabellos rubios le forman como la aureola de un santito.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡no quiero que se muera!

Bebé tiene cuatro años. Cuando corre, parece que se va á caer. Cuando habla, las palabras se empujan y se atropellan en sus labios. Era muy sano: Bebé no tenía nada: Pablo y Clara se miraban en él y se contaban por la noche sus travesuras y sus gracias, sin cansarse jamás. Pero una tarde Bebé no quiso corretear por el jardín; sintió frío; un dolor agudo se clavó en sus sienes, y le pidió á su mamá que lo acostara. Bebé se acostó esa tarde, y todavía no se levanta. Ahí están, á los pies de la cama, y esperándole, los botincitos que todavía conservan en la planta la arena humedecida del jardín.

El Doctor ha acabado de escribir, pero no se va. Pues qué ¿le ve tan malo? El lacayo corre á la botica.

—¡Doctor, Doctor! ¿mi niño va á morirse?

El médico contesta en voz muy baja:

—Cálmese vd., que no despierte el niño.

En ese instante llega Pablo. Hace quince minutos que salió de esa alcoba, y le parece un siglo. Ha venido corriendo como un loco. Al torcer la esquina no quiso levantar los ojos, por no ver si el balcón estaba abierto. Llega, mira la cara del Doctor y las manos enclavijadas de la madre; pero se tranquiliza: el ángel rubio duerme aún en su cuna—¡no se ha ido!—Un minuto después, el niño cambia de postura, abre los ojos poco á poco y dice con una voz que apenas suena:

—¡Mamá! ¡Mamá!.....

—¿Qué quieres, vida mía? ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime qué sientes! ¡Pobrecito mío! ¡Trae acá tus manitas, voy á calentarlas! Ya te vas á aliviar, alma de mi alma. He mandado encender dos cirios al Santísimo. La Madre de la Luz ya va á ponerte bueno.

El niño vuelve en derredor sus ojos negros, como pidiendo amparo. Clara lo besa en la frente, en los ojos, en la boca, en todas partes. ¡Ahora sí puede besarlo! Pero en esa efusión de amor y de ternura, sus ojos, antes tan resecos, se cuajan de lágrimas, y Clara no sabe ya si besa ó llora. Algunas lágrimas ardientes caen en la garganta del niño. El enfermito, que apenas tiene voz para quejarse, dice:

—¡Mamá, mamá, no llores!

Clara muerde su pañuelo, los almohadones, el colchón de la cunita. Pablo se acerca. Es hora ya de que él también lo bese. Le toca ya su turno. Él es fuerte, él es hombre, él no llora. Y entretanto, el Doctor, que se ha alejado, revuelve la tisana con la pequeña cucharilla de oro. ¿Qué es el sabio ante la muerte? La molécula de arena que va á cubrir con su oleaje el océano.

—¡Bebé, Bebé, vida mía! Anímate, incorpórate. Hoy es Año Nuevo. ¡Ven! Aquí en tu manecita están las cosas que yo te fuí á comprar en la mañana. El cucurucho de dulces, para cuando te alivies; el aro con que has de corretear en el jardín; la pelota de colores para que juegues en el patio. ¡Todo lo que me has pedido!

Bebé, el pobre Bebé, preso en su cuna, soñaba con el aire libre, con la luz del sol, con la tierra del campo y con las flores entreabiertas. Por eso pedía no más esos juguetes.

—Si te alivias, te compraré una carretela y dos borregos blancos para que la arrastren..... ¡Pero alíviate, mi ángel, vida mía! ¿Quieres mejor un velocípedo? ¿Sí.....? Pero ¿si te caes? Dame tus manos. ¿Por qué están frías? ¿Te duele mucho la cabeza? Mira, aquí está la gran casa de campo que me habías pedido.....

Los ojos del enfermito se iluminan. Se incorpora un poco y abraza la gran caja de madera que le ha traído su papá. Vuelve la vista á la mesilla y mira con tristeza el cucurucho de los dulces.

—Mamá, mamá, yo quiero un dulce.

Clara, que está llorando á los pies de la cama, consulta con los ojos al Doctor; éste consiente, y Pablo, descolgando el cucurucho, desata los listones y lo ofrece al niño. Bebé toma con sus deditos amarillos una almendra, y dice:

—Papá, abre tu boca.

Pablo, el hombre, el fuerte, siente que ya no puede más; besa los dedos que ponen esa almendra entre sus labios, y llora, llora mucho.

Bebé vuelve á caer postrado. Sus pies se han enfriado mucho; Clara los aprieta con sus manos y los besa. ¡Todo inútil! El Doctor prepara una vasija bien cerrada y llena de agua casi hirviente. La pone en los pies del enfermito. Éste ya no habla, ya no mira, ya no se queja; nada más tose, y de cuando en cuando dice con voz apenas perceptible:

—¡Mamá, mamá, no me dejen solo!

Clara y Pablo lloran, ruegan á Dios, suplican, mandan á la muerte, se quejan del Doctor, enclavijan las manos, se desesperan, acarician y besan. ¡Todo en vano! El enfermito ya no habla, ya no mira, ya no se queja: tose, tose. Tuerce los bracitos como si fuera á levantarse, abre los ojos, mira á su padre diciéndole:—¡Defiéndeme!—vuelve á cerrarlos..... ¡Ay! Bebé ya no habla, ya no mira, ya no se queja, ya no tose; ¡ya está muerto!.....

....

Dos niños pasan riendo y cantando por la calle:

—¡Mi Año Nuevo! Mi Año Nuevo!

LA NOVELA DEL TRANVÍA.

Cuando la tarde se obscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el vagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando á Dios dar, y detrás del paraguas, la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelitas lo atravesaran á pie enjuto. El paraguas escurre sobre el entarimado del vagón, que, á poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero, y un benéfico rocío baña las caras de los circunstantes, como si hubiera atravesado por en medio del vagón un sacerdote repartiendo bendiciones á hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua hasta una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no la manche. En la calle, la lluvia cae conforme á las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Mas en el vagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva á mundos desconocidos y á regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1025 MONTERREY, MEXICO

á ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los Ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequesquite, y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones á la plazuela de Regina. La mano providente de la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por adentro de pieles sin curtir. Son casas habitables, con escalera y todo. En ellas viven muy discretos caballeros, y señoras muy respetables, y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara á la calle en el centro de la ciudad.

***

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo por que atravesaba, volví los ojos al interior del vagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía "cual ponzoñosa yerba entre arenales." Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar..... ni una peseta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, á menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

A la prematura muerte de mi abuelita,
á la edad de 90 años.

La levita de mi vecino era ya muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto á la intemperie, debía asemejarse mucho á las banderas que los independientes sacan á la luz el 15 de Septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado, y con hijas. Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por la que habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón

con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas. ¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj y dije para mis adentros:—Son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va á darles un vahido! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco, y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No habrá en la casa nada que empeñar. ¡Como los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa, y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas á pedir. Cosen ajeno; pero las máquinas han arruinado á las infelices costureras, y lo único que consiguen, á costa de faenas y trabajos, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el Doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van á la caída de las hojas. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser su apoyo, tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo; todo está muy caro, y los amigos llegan á cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran! Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!..... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto á las otras, ya sé bien á qué atenerme. ¡Me han costado tantos disgustos! Nada, lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas á tener palco en el teatro, ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré á mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de amor, un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy á sujetar á un régimen higiénico, se pondrá en poco tiempo más fresca

que una rosa. Por la mañana, un paseo á pie en el Bosque. Iremos en un coche de á cuatro reales hora, ó en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme; con que ella se vista de blanco, de azul ó de color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque;
Una casa en la heredad;
En la casa pan y amor.....
¡Jesús, qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación nó puede prolongarse, como dice el Gran Duque en «La Guerra Santa.» Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia..... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En ésto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto—continué diciendo para mis adentros—le seguía. La verdad es que mi suegro, visto á cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le habría dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

***

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados: parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y á la misma hora dos..... cuatro..... cinco..... siete veces. Siempre baja del vagón en la plazuela de Loreto y entra en la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve á cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va á novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz que el «Menosprecio del Mundo» del Padre Kempis; tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas: no se fíen ustedes aunque las vean tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como éste, nadie sale de su casa si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir á otras hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que á la puerta del templo, siempre que la señora baja del vagón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente, á otra persona. Ahora bien; ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia ó cosa parecida, cuyos miembros paguen coche á la puerta de todas las iglesias para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos, á hora inusitada, es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería á prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga ó que sea como cierto amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene para el juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!—Yo quise referirle alguna anécdota, atribuída á un administrador muy conocido de cierta aduana marítima. Al encargarse de ella, dijo á los empleados:

—Señores: aquí se prohibe ganar á la lotería. ¡Al primero que se la saque lo echo á puntapies!

¿Ganará esta señora á la lotería? Si su marido es pobre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas, sólo conocerá á su mujer, que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado! ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo de conocerle..... ¡Ah!..... ¡sí!..... ¡es aquél! No; no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero ¿á mí qué me importa quién sea?

¿La seguiré? Siempre conviene poseer un secreto de mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta

mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar á sus criados que la arrojen á latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos—¡pobres séres indefensos!—nada pueden. La madre los abandona para ir á traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas á Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados á manos mercenarias; van empezando á desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle á este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe á su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

***

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado á la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue á su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe de estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

LA VENGANZA DE MYLORD.

Á MEME.

Bien haces en permanecer, oculta allá, bajo los grandes castaños que sombrean tu casa, á ochenta leguas de los dramas que con alevosía y ventaja nos hace oír el Sr. Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos; sí, haces bien. La ciudad está triste, no porque tú la hayas dejado, como probablemente te diría tu novio; la ciudad está triste porque no puede menos de estarlo, sin bailes, ni tertulias, ni espectáculos. Tú, en cambio, respiras el aire libre de los campos, bebes luz por todos tus poros, galopas á caballo por aquellas sombrosas avenidas, que adrede dispuso Dios para los enamorados, y dejas que tu pensamiento discurra por los países del sueño, mientras aquí pensamos en construir ferrocarriles y en tender una red de alambres telefónicos en el dominio de las lechuzas y los gatos. Cuando la tarde se recoge y comienzan á asomarse las estrellas—como se asoman las mujeres al balcón para mirar á sus enamorados—tú buscas la quietud alegre de la casa, abres las cartas de tus amigas, rompes la faja amarilla de los periódicos, asistes mentalmente á nuestros teatros, y rendida por el cansancio, vas al tibio lecho, llevando oculto, en la pequeña bolsa de tu delantal, el pliego diminuto que no lees jamás delante de tus padres, y que abres cuidadosamente luego que corres el cerrojo de la alcoba, como si sospecharas que, al abrirlo, pueden escaparse los mil besos que tu novio te manda bajo el sobre. Haces bien: oye el concierto de los pájaros, báñate en las azules ondas del estanque, monta el caballo blanco que come en tu mano terrones de azúcar, y lee, sentada en la banqueta del jardín, los libros que te envío: una novela de Halévy, los versos de Coppée y la última narración de Rosa Broughton. Sobre todo, no leas nada de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Cuando pasen las lluvias de Septiembre y el cielo se vista de

azul pálido, despídete del bosque, cuyos grandes árboles se irán quedando sin follaje; guarda en tu devocionario las hojas del último heliotropo para dárselas á tu novio, y vuelve á casa. Ya habrán pasado entonces los chubascos y los discursos oficiales. Nadie te narrará los episodios dramáticos de la Independencia; podrás lucir tus diez y seis sombreros nuevos en las fiestas de Noviembre, y Grau—el judío errante—estará á las puertas de México. Interin, monta mucho á caballo, caza con la escopeta que te dió tu padrino el año nuevo, almuerza al aire libre, duerme once horas diarias y no leas las novelas de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Te escribo á la hora en que la luz eléctrica se apaga y oyendo el ruido de los últimos carruajes que vuelven del teatro. He tomado café —un café servido por la pequeña mano de una señorita que, á pesar de ser bella, tiene *sprit.*—Por consiguiente, voy á pasar la noche en vela. El nuevo drama del señor Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos, no ha sido bastante para hacerme conciliar el sueño. Imagínome, pues, que he ido á un baile, te he encontrado y conversamos ambos bajo las anchas hojas de una planta exótica, mientras toca la orquesta un vals de Mêtra y van los caballeros al *buffet.*

Si tú quieres, murmuremos. Voy á hablarte de las mujeres que acabo de admirar en el teatro. Imagínate que estás ahora en tu platea y observas á través de mis anteojos.

***

Mira á Clara. Esa es la mujer que no ha amado jamás. Tiene ojos tan profundos y tan negros como el abra de una montaña en noche obscura. Allí se han perdido muchas almas. De esa obscuridad salen gemidos y sollozos, como de la barranca en que se precipitaron fatalmente los caballeros del Apocalipsis. Muchos se han detenido ante la obscuridad de aquellos ojos, esperando la repentina irradiación de un astro: quisieron sondear la noche, y se perdieron.

Las aves al pasar le dicen: ¿No amas? Amar es tener alas. Las flores que pisa le preguntan: ¿No amas? Amor es el perfume de las almas. Y ella pasa indiferente, viendo con sus pupilas de acero negro, frías é impenetrables, las alas del pájaro, el cáliz de la flor y el corazón de los poetas.

Viene de las heladas profundidades de la noche. Su alma es como un cielo sin tempestades, pero también sin estrellas. Los que se le acercan, sienten el frío que difunde en torno suyo una estatua de nieve. Su corazón es frío como una moneda de oro en día de invierno.

***

¿Quién es la esbelta rubia que sonríe en aquel palco? Es un patrón de modas recortado. Por esa frente no han pasado nunca las alas blancas de los pensamientos buenos, ni las alas negras de los pensamientos malos. Sus amores duran lo que la hirviente espuma del champagne en la orilla de la copa. Jamás permitiría que un hombre la ciñera con sus brazos: no quiere que se ajen y desarreglen sus listones. ¿Quieres saber cómo es su alma? Figúrate una muñeca hecha de encaje blanco, con plumas de faisán en la cabeza y ojos de diamante. Cuando habla, su voz suena como la crujiente falda de una túnica de raso, rozando los peldaños marmóreos de una escalinata. No sabe dónde tiene el corazón. Jamás se lo pregunta su modista.

***

Esa grave matrona expende esposas. Tiene mucha existencia.

***

Convierte ahora tus miradas á la platea que está frente á nosotros. Una mujer, divinamente hermosa, la ocupa.

¿Quién es? Sus grandes ojos verdes, velados por larguísimas pestañas negras, tiemblan de efusión cuando se fijan en el cielo, como si estuvieran enamorados de los luceros. Sus manos esgrimen el abanico como si quisieran adiestrarse en la esgrima del puñal. Créelo: esa mujer es capaz de matar al hombre que la engañe. Sus labios se entreabren suavemente para dar salida al exceso que hay en ella.

Tras las varillas flexibles del corsé, su corazón late cadenciosamente; ¡pobre niño que golpea con su manecita una muralla!

¿Cuantos años tiene? Ha cumplido veinticinco; no sé cuántas semanas, meses ó años hace. Siendo niña, una pordiosera que acostumbraba decir la buenaventura, le predijo que el hombre á quien amara sería espantosamente desgraciado. Su marido—un banquero—es muy feliz. Alicia—así se llama—está rodeada siempre de cortejos presuntuosos y enamorados fatuos. Cuando va de paseo, diríase que es un general pasando revista á sus soldados, que presentan las armas. Ella, sonriente, gozando en las pasiones que inspira sin participar de ellas, asoma su cabeza de Gioconda por la portezuela del cupé y saluda con la mano enguantada ó con el abanico, á los platónicos adoradores de su cuerpo. El hombre á quien saluda con los ojos, no es conocido aún.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Sera honrada? ¿Será honesta? Las mujeres la miran con desprecio, y los hombres la cortejan. Nadie podría decir quién es su amante ó quién lo ha sido; pero todos tienen la certidumbre de que alguno lo será. La lotería no se hace aún: el número que ha de obtener el gran premio, duerme en el globo, confundido con los otros: puede ser el de aquél, puede ser el mío, pero es alguno. La jaula está preparada para el pájaro: en la mesita de sándalo donde Alicia toma el té, hay dos tazas. Un necio diría que alguna es la taza del amante. ¡Falso! Es la taza del marido. Cuando el amante llegue,—Alicia y él beberán en la misma taza como Paolo y Francesca leían en el mismo libro. Después la harán pedazos ó la arrojarán al mar—como el rey de Thulé!

El Galeoto social no yerra tan á menudo como algunos creen. Lo que sucede es que se anticipa á la verdad. Es como las mujeres que conocen el amor que han inspirado, media hora antes de que el hombre se dé cuenta de que existe. Un buque sale del puerto lleno de mercancías y pasajeros: el cielo está muy azul, sin un solo punto negro. Pasan los días y las semanas, sin que llegue á los oídos de nadie la noticia de un temporal ó de una borrasca. Y sin embargo, cierto día, sin que se sepa cómo ni por qué, se esparce la voz de que aquel barco ha naufragado. ¿Quién lo dice? Todos. ¿Quién recibió la fatal nueva? Nadie. Quince días después, se sabe la espantosa verdad, y los periódicos refieren, pormenor, los horribles detalles del naufragio.

Una mujer es fiel á su marido. Nadie puede acusarla de adulterio. Vive, como Penélope, en su hogar. Desecha con altivez á los que solicitan su cariño. Pero el Galeoto, que mira y prevé todo, murmura entre dos cuadrillas, bajo las anchas hojas de una planta exótica erguida sobre rico tibor chino: ¡esa mujer tiene un amante! Y no es verdad; pero un día, una semana, un año después, la mujer tiene un amante. El Galeoto se equivoca nada más en la conjugación del verbo: debía haber dicho: *tendrá*.

Y la esposa no falta á su deber, porque el mundo lo dice; como el barco no perece porque la gente vaticina el naufragio. Así, el mundo dice que Alicia es desleal, y en torno de ella se agrupan los cazadores en vedado, como los náufragos hambrientos en la balsa de la Medusa. Pero Alicia no ama á ninguno: guarda su tesoro y no quiere despilfarrarlo como pródiga.

Mas hé aquí que una noche llega al salón de Alicia un joven soñador, y le dice al oído:

—¡Cómo se parece usted á mi primera novia! Ella era baja de estatura: usted es alta; ella era morena: usted es rubia; ella tenía los ojos negros: los de usted son verdes; pero yo la amaba: yo amo á usted, y en ésto se parecen.

Dos horas después, Alfredo era amante de Alicia. El huésped prometido había llegado. El banquero continuaba siendo muy feliz.

Ayer, mientras el marido terminaba su correspondencia, Alicia salió en el cupecito azul tirado por dos yeguas color de ámbar. Los pocos ociosos que desafiaban la lluvia en la calzada, vieron que el *cupecito* proseguía su marcha rumbo á Chapultepec. ¿Qué iba á hacer? Los grandes ahuehuetes, moviendo sus cabezas canas, se decían en voz baja el secreto. Las yeguas trotaban, y el coche se perdió en la avenida más umbrosa y más recóndita del bosque. Alfredo abrió la portezuela y tomó asiento junto á la hermosa codiciada. Llovía mucho. Quizá para impedir que el agua entrase, mojando el traje de Alicia, cerró Alfredo cuidadosamente las persianas. Si alguno erraba á tales horas por el bosque, pudo decir para sus adentros: ¿quiénes irán dentro del *cupé*? Afortunadamente, cada vez arreciaba más la lluvia, y sólo un pobre trabajador, oculto en la entrada obscura de la gruta, pudo ver el *cupé* que continuaba paso á paso su camino, subiendo por la rampa del castillo. Las ancas de las yeguas, lavadas y bruñidas por la lluvia, parecían de seda color de oro.

El trabajador, dejando á un lado los costales que rebosaban hebras de heno, asomó la cabeza para mirar cómo subía el carruaje hasta las rejas del castillo. Allí se detuvo: los amantes se apearon y torcieron sus pasos rumbo á los corredores, mudos y desiertos. Un hombre, cuidadosamente recatado, había subido al propio tiempo. Luego que hubo llegado al sitio en donde quedaba el *cupé* vacío, bajó el embozo de su capa é hizo una señal imperativa al cochero, que, viendo el rostro del desconocido, se puso pálido como la cera. Bajó luego del pescante, y tras cortísimas palabras que mediaron entre ambos, se quitó el carrick, para que con él se ocultara el recién llegado. Media hora después, los amantes salieron del castillo; subieron al carruaje nuevamente, y Alicia, sacando su cabeza rubia por la portezuela, dijo: ¡á casa! Las yeguas partieron á galope, pero..... ¿á dónde iban? Torciendo el rumbo, el cochero encaminaba el carruaje al abismo, como si en vez de bajar por la inclinada rampa, quisiera precipitarse desde lo alto del cerro. Los amantes, que habían vuelto á cerrar las persianas, nada veían. ¿A dónde iban? De pronto las yeguas se detuvieron, como si alguna mano de gigante las hubiera agarrado por los cascos. Relinchando miraban el abismo que se abría á sus plantas. Las persianas del *cupé* seguían cerradas. El cochero, de pie en el pescante, azotó las yeguas; el coche se columpió un momento en el vacío y fué á estrellarse, hecho pedazos, en la tierra. No se escuchó ni un grito, ni una queja. A veinte varas de distancia, se halló el cadáver del cochero. Era el marido de Alicia.

***

En este instante suena la campanilla, y ese agudo són me vuelve á la realidad. No; no es Alicia la que miro en aquel palco. Alicia duerme ya en el camposanto. Es una mujer que se le parece mucho y que morirá tan desastrosamente como ella. ¡Dios confunda á los maldicientes! Gaspar tiene muchísima razón. La lengua mata más que los puñales. ¡Cómo se moraliza uno viendo estas comedias!

Con que te he dicho ya que esa señora.....

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Á GONZALO ESTEVA Y CUEVAS.

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana;» llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas á la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituído, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus inmaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco á poco; llamas á la puerta ó entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los